

luz estela narváez

LUZ ESTELA NARVÁEZ

Investigación e historia:
Alexandra Ibeth Molina Grimaldo
aimolina@uninorte.edu.co

Agradecimientos e introducción:
Clara Eugenia Roa García, María Cecilia Roa García
clroag@unal.edu.co; mc.roag@uniandes.edu.co

Ilustraciones y diagramación:
Iván Garzón Mayorga
ivangarzonmayorga@gmail.com

Única edición

2022

agradecimientos

Este trabajo se realizó en el marco del proyecto “Gestionando el agua, controlando los mosquitos: cambio climático, género, equidad y acceso al agua en la Colombia peri-urbana” financiado por DUPC2: Programa para el agua y el desarrollo del Instituto por la Educación en Agua de Delft -Holanda.

El proyecto fue ejecutado por la Fundación Evaristo García en asociación con el Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo – CIDER de la Universidad de los Andes (Bogotá), la Universidad del Norte (Barranquilla), el Instituto por la Educación en Agua, IHE (Delft-Holanda), la Universidad de Utrecht (Utrecht-Holanda), el Comité por la Defensa del Agua y la Vida (Buenaventura) y las secretarías de salud (Buenaventura y Barranquilla).

Agradecemos los aportes de las etnógrafas de la ciudad de Buenaventura: Adriana Gicela Riascos Caicedo, Livis Gicela Grueso Diaz, Andrea Paola Gómez Perlaza, Yirlay Milagro Castillo Moreno, Melisa Orobio Rentería, Francia Esley Riascos Perlaza, Sindy Vanessa Caicedo Arrechea, Luz Marina Nuñez Ramírez, Gloria Isabel Riascos Viveros, Ximena Mina Martínez, Sandra Marcela Góngora Perlaza y Surley Milena Paredes Vega. También agradecemos los aportes de las etnógrafas de la ciudad de Barranquilla: Gabriela Monsalvo Molina, Jocelyn Ortiz Buendía, Alexandra Ibeth Molina Grimaldo, Jessica Julieth Marchena Pérez, Brianda Margarita Jiménez Bolívar, Paula Andrea Salgado Mercado, Valeria Isabel Cueto Avila, Nais Sandrith Escaño Jimeno, Indira Luz Pérez Gómez, Alba Rosa Menace Arrieta, Daritza Adriana Teheran Viñas y Dayana Vanessa Casas Hurtado; agradecemos a las coordinadoras en ambas ciudades Meliza Machado Soliman en Buenaventura y Gabriela Monsalvo Molina en Barranquilla, a los asistentes técnicos que facilitaron la recolección, transmisión y almacenamiento de los datos, José Alberto López Patiño y Roger Rossi Ballesteros (Universidad de los Andes), al profesor Alejandro Camargo (Universidad del Norte) por la capacitación etnográfica, a la profesora Tatiana Acevedo (Universidad de Utrecht) por la capacitación en género, a la profesora María Cecilia Roa García (Universidad de los Andes y Fundación Evaristo García) por la capacitación en ética, a Clara Eugenia Roa García (Fundación Evaristo y Universidad Nacional sede Palmira) por la coordinación del proceso, y a Narcilo Rosero por facilitar la conexión con las mujeres de Buenaventura.

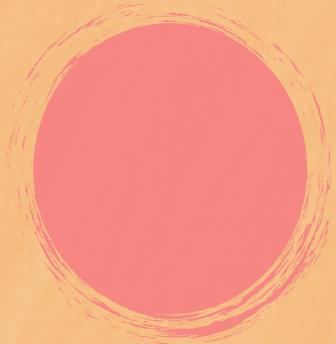
luz estela narváez



introducción

¿Por qué para algunas personas en Colombia la vida es más fácil? ¿Por qué desde que nacen estas personas no se han tenido que preocupar porque lleguen todos los servicios básicos a sus casas? Seguramente la desigualdad en el acceso al agua, la energía, la salud, las vías, las escuelas, es resultado de una larga historia de colonialismo y racismo. En un sistema democrático y justo debería haber acceso equitativo a los servicios básicos para que todas las personas podamos disfrutar de una vida digna.

En esta serie de cuatro cartillas, recolectamos historias de mujeres que han construido con sus propias manos y su liderazgo vidas más dignas para ellas, sus familias y para las comunidades que han rodeado sus hogares. Estas mujeres han luchado por el acceso a servicios básicos como agua, energía, educación y medios de transporte. Las cuatro historias de vida son fruto de un trabajo realizado por etnógrafas de las ciudades de Buenaventura y Barranquilla a manera de homenaje a mujeres reconocidas por haber imaginado y construido sus barrios pensando en el bien común, perseverando en sus sueños y orgullosas de sus saberes y costumbres.



“Me vine a Barranquilla para superarme, estudiar y trabajar.” Hace 35 años Luz Estela Narváez, La Seño, como la conocen en el barrio, dejó su pueblo, San Pedro (Sucre), para buscar en la ciudad una buena vida.





La Seño llega en el año 1985 al Evaristo Sourdis, un barrio cuyas tierras fueron donadas por el político costeño E. Sourdis y también invadidas por aquellos que vinieron buscando una tierrita propia, donde no había que pagar arriendo sino una única cuota que oscilaba para los años 70's entre los 80 y 200 pesos.

Así es como desde entonces se asentaron familias provenientes de Medellín (Antioquia); Repelón (Atlántico); Arroyo de Piedra, Magangué, Santa Teresa, Cartagena (Bolívar); Valledupar (Cesar); Montería, San Antero, Sahagún (Córdoba); La Palma (Cundinamarca); Barbú, La China, Orihueca, Plato (Magdalena); Bucaramanga (Santander); Sincelejo y San Pedro (Sucre); y de otros municipios del país.





La Seño dice que cuando llegó, la luz que tenían provenía de velas y “mechones” (frascos con gas, ACPM o gasolina y un trapo con una punta asegurada afuera).





El agua había que salir a buscarla. A veces al barrio llegaban unos hombres en un carro vendiéndola (el precio variaba entre 5, 10 y 50 pesos); pero cuando ellos no aparecían les tocaba ir a La Machaca (en el barrio La Esmeralda) o al Cevillar (otro barrio de Barranquilla). Les tocaba cargar agua al hombro o llevar dos tanques con un palo atravesado, a lo que llamaban “mulas”. Con esta agua llenaban en la casa un tanque de 500 litros y otros tanques de hierro, pero no alcanzaba ni para dos días y tenían que caminar nuevamente por agua.



También hacía falta alcantarillado. Hubo muchos problemas entre los vecinos por los llamados “voladores”, bolsas llenas de heces que cada persona lanzaba a los otros patios. En algunas casas había pozos sépticos. “Los hombres cavaban como tres metros de profundidad en la tierra y pegaban bloques con cemento para formar un bacín”. Además de eso, los vecinos utilizaban bolsas en los pies porque las calles no estaban pavimentadas y el barro era “tobillo arriba”.



Una de las características del barrio más notoria para esa época era el desconfiado y temeroso tejido social de Evaristo Sourdís. La calle en la que Luz, su esposo y sus dos hijos se establecieron le llamaban la “calle de los muertos”. Ella no dudó en limpiar su tierra y pintar la pieza de 3 x 4 en la que vivían. De esa forma, dice La Seño, el cambio inició poco a poco, mostrando a los vecinos que despejar la tierra beneficiaba no sólo al dueño sino a una comunidad entera: los malos ya no podían ocultarse y no había peligro de ratas o animales que pudieran afectar negativamente a la gente.





La Seño cuenta que gracias a unas grandes tuberías que sobraron de un trabajo de acueducto que se realizó en el barrio La Paz, se benefició a la comunidad más cercana del Sourdís: esas tuberías permitieron a los vecinos instalar mangueras para lograr tener el agua suficiente para darse un buen baño, el primero de varios sueños cumplidos. Lo que siguió fueron las obras que realizaron los vecinos: unas zanjas “a punta e’ pico”, que permitieron meter otras tuberías engrandeciendo el sistema de acueducto del sector.

También lograron tener energía eléctrica conectándose con cables desde otro circuito en el barrio La Paz. Se reunían grupos de entre 4 y 6 personas, compraban los palos y los cables para poder establecer las conexiones. Posterior a eso la comunidad tuvo que lidiar con un nuevo problema: los ladrones de cables. Cuando alguien notaba algo raro, salían 6 o 7 personas con machetes, lámparas y botas a perseguir a los ladrones.

Ninguno de estos dos servicios de agua o energía era legal. Ya luego le siguió el trabajo que realizó el Padre Hoyos durante su gobierno que ya brindó al barrio acceso legal de agua, gas y energía.





De La Seño los vecinos destacan la vocería que ha tenido para buscar soluciones a las problemáticas que han aquejado al barrio desde un inicio: la educación, la salud y la pavimentación de calles, por ejemplo. Y es por esa vocería, que ella logró convertir un gran sueño en realidad: la escuela del barrio. Luz tuvo la oportunidad de enseñar a tres niños huérfanos del Sourdís. Eso y la conciencia de que había niñas y niños de 12 años, más o menos, que no sabían leer y escribir la motivó para iniciar una escuelita. Pero ¿cómo lo logró? Su ex-esposo, quien fue docente de la Universidad del Atlántico le dio consejo; ellos realizaron un censo en la comunidad identificando potenciales estudiantes y extendiéndoles la invitación a aprender: “vecina, si usted tiene un banquito o una sillita se la trae y acá nos acomodamos.”

Y así es que con el esfuerzo y el trabajo colaborativo en comunidad lograron limpiar, pintar y organizar la primera escuela del barrio en una casa que estaba abandonada; la pintaron de blanco con cal, que era muy económico. Tiempo después se les presentó un problema que había estado latente pero que al inicio de todo no representó una amenaza: el arroyo que quedaba junto a la escuela. Con este arroyo sucedieron hechos que obligaron a La Seño y a la comunidad a buscar un nuevo espacio para la enseñanza y el aprendizaje: un niño casi se ahoga y el arroyo empezó a desbordarse.





El problema que sigue latente es el de los arroyos que corren por delante y detrás de varias casas en el barrio Sourdís; la gente tira a estos arroyos cualquier desecho de forma indiscriminada y además no los limpian porque saben que cada tanto el Distrito envía un equipo para hacerlo. También le preocupa a La Seño la abundancia de ratas en estos arroyos y en los basureros, los mosquitos en la maleza húmeda y los piojos de gallinas en los criaderos de varios integrantes de la comunidad, ya que todos estos animales transmiten enfermedades. Por eso, dice la Seño, hay que seguir educando y trabajando.

luz estela narváez

